

les hacían daño. Los otros medio españoles adobaban los ingenios y reparaban la casa. Como les sucedió bien la salida, tornaron en amaneciendo á la calle y puente, do les desbarataron los ingenios; y aunque hallaron muy gran resistencia, como les iba la vida, que de la honra ya no hacían tanto caudal, ganaron muchas casas con azoteas y torres, que quemaron; ganando asimismo, de ocho puentes que tiene, las cuatro, aunque estaban tan fuertes con albarradas de lodo y adobes, que apenas los tiros derribarlas podían. Cegáronlas con los mismos adobes y con la tierra, piedras y madera de lo derrocado; quedó guarda en lo ganado, y volviéronse al real con hartas heridas, cansancio y tristeza, porque más sangre y ánimo perdían que tierra ganaban. Luego otro día, por tener paso á tierra, salieron, ganaron y cegaron las otras cuatro puentes de aquella misma calle, y fueron veinte de caballo corriendo hasta tierra firme, tras los enemigos que huían; y estando Cortés cegando y allanando las puentes y malos pasos para los caballos, llegaron á le decir cómo estaban esperando muchos señores y capitanes que querían paz; por eso que fué allí, y llevase un tlamacazque, que era de los sacerdotes principales, y estaba preso, para entender en los conciertos de ella. Cortés fué y lo llevó; tratóse de la paz, y el tlamacazque fué á que dejasen las armas y el cerco del real; empero no tornó. Todo era fingido y por ver qué ánimo tenían los nuestros, ó por cobrar el religioso, ó por descuidarlos. Con tanto, se fueron todos á comer, que era ya hora; mas no fué bien sentado Cortés á la mesa, cuando entraron ciertos de Tlaxcallán dando voces que los enemigos andaban con armas por la calle, y habían cobrado las puentes perdidas, y muerto los más españoles que las guardaban. Salió luego á la hora con los de caballo que más á punto estaban, y algunos de á pie; rompió el cuerpo de los adversarios, que muchos eran, y siguiólos hasta tierra. Á la vuelta, como los españoles de pie estaban heridos y cansados de pelear y guardar la calle, no pudieron

sostener el ímpetu y golpe de los muchos contrarios que sobre ellos cargaron, y que hincharon tanto la calle, que aún no pudieron tornar á su aposento; y no sólo estaba llena la calle de gente, mas aun había por agua muchas canoas, y los unos y otros apedrearon y agarrocharon los nuestros bravísimamente, é hirieron á Cortés muy mal en la rodilla, de dos pedradas, y luego anduvo la fama por toda la ciudad que le habían muerto, que no poco entristeció á los nuestros y alegró á los indios; mas él, aunque herido, animaba los suyos y daba en los enemigos. Á la postrera puente cayeron dos caballos, y el uno se soltó, y embarazaron el paso á los que venían detrás. Revolvió Cortés sobre los indios, é hizo al tanto de lugar; y así, pasaron todos los de caballo, y el que fué postrero hubo de saltar con su caballo á muy gran trabajo y peligro, y fué maravilla que no le prendieron; diéronle con todo de pedradas; con que se recogió al real ya bien tarde. En cenando, envió algunos españoles á guardar la calle y ciertos puentes de ella, porque no las recobrasen los indios ni le fatigasen en casa la noche, que quedaban muy ufanos con el buen suceso del día; aunque no acostumbran ellos, según de suso dije, pelear de noche.

Cómo huyó Cortés de Méjico

Cortés, viendo perdido el negocio, habló á los españoles para que se fuesen, y todos ellos holgaron mucho de oirlo; ca no había casi ninguno que herido no fuese. Tenían miedo de morir, aunque ánimo para morir; porque eran tantos indios, que aunque no hicieran sino degollarlos como á carneros, no bastaban. No tenían tanto pan, que se osasen hartar; no tenían pólvora ni pelotas ni almacén ninguno; estaba aportillada la casa, que no pocos se ocupaban en la guardar. Todas eran bastantes estas causas

para desamparar á Méjico y amparar sus vidas; aunque, por otra parte, les parecía mal caso volver la cara al enemigo; que las piedras se levantan contra el que huye. Especialmente temían el pasar los ojos de la calzada por do entraron, que tenían quitadas las puentes; así que por un cabo los cercaban duelos y por otros quebrantos. Acordóse pues entre todos que se fuesen, y luego, aquella noche, que era la de Botello; el cual presumía de astrólogo, ó, como lo llamaban, de nigromántico, y que dijera muchos días antes que si se salían de Méjico á cierta hora señalada de noche, que era ésta, se salvarían, y si no, que no. Ora lo creyesen, ora no, todos, en fin, acordaron de irse aquella noche; y para pasar los ojos de la calzada hicieron una puente de madera, que pusiesen y quitasen. Esto es muy de creer, que todos se concertasen, y no lo que algunos dicen, que Cortés se partió los cencerros atapados, y que se quedaron más de doscientos españoles en el mismo patio y real, sin saber de la partida; á quien después mataron, sacrificaron y comieron los de Méjico; pues de la ciudad no se pudieron salir, cuánto más de una misma casa. Cortés dice que se lo requirieron. Llamó Cortés á Juan de Guzmán, su camarero, que abriese una sala do tenía el oro, plata, joyas, piedras, plumas y mantas ricas, para que delante los alcaldes y regidores tomasen el quinto del rey sus tesoreros y oficiales, y dióles una yegua suya y hombres que lo llevasen y guardasen; dijo asimismo que cada uno tomase lo que quisiese ó pudiese del tesoro, que él se lo daba. Los de Narváez, hambrientos de aquello, cargaron de cuanto pudieron; mas caro les costó, porque á la salida, con la carga, no podían pelear ni andar; y así, los indios mataron muchos de ellos, arrastraron y comieron. También los de caballo tomaron de ello á las ancas; y en fin, todos llevaron algo, que más había de setecientos mil ducados; sino que, como estaban en joyas y piezas grandes, hacían gran volumen. El que menos tomó, libró mejor, ca fué sin embarazo y salvóse; y aunque algunos

digan que se quedó allí mucha cantidad de oro y cosas, creo que no, porque los tlaxcaltecas y los otros indios dieron saco y se lo tomaron todo. Dió cargo Cortés á ciertos españoles que llevasen á recado á un hijo y dos hijas de Motezuma á Cacama, y otro su hermano y á otros muchos señores grandes que tenía presos. Mandó á otros cuarenta que llevasen el pontón, y á los indios amigos la artillería y un poco de centli que había; puso delante á Gonzalo de Sandoval y Antonio de Quiñones; dió la rezaga á Pedro de Alvarado, y él acudia á todas partes con hasta cien españoles; y así, con esta orden salieron de casa á media noche en punto, y con gran niebla, y muy callandito, por no ser sentidos, y encomendándose á Dios que los sacase con vida de aquel peligro y de la ciudad. Echó Cortés por la calzada de Tlacopán, que habían entrado, y todos le siguieron; pasaron el primer ojo con la puente que llevaban echiza. Las centinelas de los enemigos y las guardas del templo y ciudad sonaron luego sus caracoles, y dieron voces que se iban los cristianos; y en un salto, como no tienen armas ni vestidos que echar encima y los impidan, salió toda la gente tras ellos á los mayores gritos del mundo, diciendo: «¡Mueran los malos, muera quien tanto mal nos ha hecho!» Y así, cuando Cortés llegó á echar el pontón sobre el ojo segundo de la calzada, llegaron muchos indios que se lo defendían peleando; pero, en fin, hizo tanto, que lo echó y pasó con cinco de caballo y cien peones españoles, y con ellos aguijó hasta la tierra, pasando á nado los canales y quebradas de la calzada, que su puente de madera ya era perdida. Dejó los peones en tierra con Juan Jaramillo, y tornó con los cinco de caballo á llevar los demás, y á darles prisa que caminasen; pero cuando llegó á ellos, aunque algunos peleaban reciamente, halló muchos muertos. Perdió el oro, el fardaje, los tiros, los prisioneros; y en fin, no halló hombre con hombre ni cosa con cosa de cómo lo dejó y sacó del real. Recogió los que pudo, echólos delante, siguió tras ellos, y dejó á Pe-

dro de Alvarado á esforzar y recoger los que quedaban; mas Alvarado no pudiendo resistir ni sufrir la carga que los enemigos daban, y mirando la mortandad de sus compañeros, vió que no podía él escapar si atendía, y siguió tras Cortés con la lanza en la mano, pasando sobre españoles muertos y caídos, y oyendo muchas lástimas. Llegó á la puente cabera, y saltó de la otra parte sobre la lanza; de este salto quedaron los indios espantados y aun españoles, ca era grandísimo, y que otros no pudieron hacer, aunque lo probaron, y se ahogaron. Cortés á esto se paró, y aun se sentó, y no á descansar, sino á hacer duelo sobre los muertos y que vivos quedaban, y pensar y decir el baque que la fortuna le daba con perder tantos amigos, tanto tesoro, tanto mando, tan grande ciudad y reino; y no solamente lloraba la desventura presente, mas temía la venidera, por estar todos heridos, por no saber adónde ir, y por no tener cierta la guarida y amistad de Tlaxcallán; y ¿quién no llorara viendo la muerte y estrago de aquellos que con tanto triunfo, pompa y regocijo entrado habían? Empero, porque no acabasen de perecer allí los que quedaban, caminando y peleando llegó á Tlacopán, que está en tierra, fuera ya de la calzada. Murieron en el desbarate de esta triste noche, que fué á 10 de julio del año de 20 sobre 1500, cuatrocientos y cincuenta españoles, cuatro mil indios amigos, cuarenta y seis caballos, y creo que todos los prisioneros. Quien dice más, quien menos; pero esto es lo más cierto. Si ésta cosa fuera de día, por ventura no murieran tantos ni hubiera tanto ruido; mas, como pasó de noche oscura y con niebla, fué de muchos gritos, llantos, alaridos y espanto; ca los indios, como vencedores, voceaban victoria, invocaban sus dioses, ultrajaban los caídos y mataban los que en pie se defendían. Los nuestros, como vencidos, maldecían su desastrada suerte, la hora y quién allí los trujo. Unos llamaban á Dios, otros á santa María, otros decían: «Ayuda, ayuda; que me ahogo.» No sabría decir si murieron tantos en agua como en

tierra, por querer echarse á nado ó saltar las quebradas y ojos de la calzada, y porque los arrojaban á ella los indios, no pudiendo apearse con ellos de otra manera; y dicen que en cayendo el español en agua, era con él el indio, y como nadan bien, los llevaban á las barcas y donde querían, ó los desbarrigaban. También andaban muchas acalles á raíz de la calzada, peleando; que, como tiraban á bulto, daban á todos, aunque algo divisaban el vestido de los suyos, que parecía encamisada, y eran tantos los de la calzada, que se derribaban unos á otros en agua y á la tierra; y así, ellos se hicieron á sí mismos más daño que los nuestros, y si no se detuvieran en despojar los españoles caídos, pocos ó ninguno dejaran vivos. De los nuestros tanto más morían, cuanto más cargados iban de ropa y de oro y joyas; ca no se salvaron sino los que menos oro llevaban y los que fueron delante ó sin miedo; por manera que los mató el oro y murieron ricos. Acabada que fué de pasar la calzada, no siguieron los indios nuestros españoles, ó porque se contentaron con lo hecho, ó porque no osaron pelear en lugar anchuroso, ó por se poner á llorar los hijos de Motezuma, que aun hasta entonces nunca los habían conocido ni sabido que fuesen muertos. Grandes llantos y plañidos hicieron sobre ellos, mesándose las cabezas por los haber ellos muerto.

La batalla de Otumpan

No sabían en Tlacopán, cuando los españoles llegaron, cuán rotos y huyendo iban, y los nuestros se remolinaron en la plaza por no saber qué hacer ni adónde ir. Cortés, que venía detrás para llevar todos los suyos delante, les dió prisa que saliesen al campo á lo llano, antes que los del pueblo se armasen y juntasen con más de cuarenta mil mejicanos que, acabado el llanto, venían ya picándole.

Tomó la delantera, echó delante los indios amigos que le quedaron, y caminó por unas labradas. Peleó hasta llegar á un cerro alto, donde estaba una torre y templo, que ahora llaman por eso Nuestra Señora de los Remedios. Matáronle algunos españoles rezagados y muchos indios primero que arriba subiese; perdió mucho oro de lo que había quedado, y fué harto librarse de la muchedumbre de enemigos, porque ni los veinticuatro caballos que le quedaron podían correr, de cansados y hambrientos, ni los españoles alzar los brazos ni pies del suelo, de sed, hambre, cansancio y pelear, ca en todo el día y la noche no habían parado ni comido. En aquel templo, que tenía razonable aposento, se fortaleció. Bebieron, pero no cenaron nada ó muy poco, y estuvieron á ver qué harían tantos indios que por al rededor estaban como en cerco, gritando y arremetiendo, y porque no tenían de comer; guerra peor que la de los enemigos. Hicieron muchos fuegos de la leña del sacrificio, y hacia la media noche, que sentidos no fuesen, se partieron. Mas como no sabían el camino, iban á tienta, sino que un tlaxcalteca los guió y dijo que llevaría á su tierra si no lo impedían los de Méjico; y con tanto, comenzaron á caminar. Cortés ordenó su gente, puso los heridos y ropa que había, en medio; los sanos y caballos repartió en vanguardia y retaguardia. No pudieron ir tan quedos, que no los sintieran las escuchas que cerca estaban; las cuales apellidaron luego y vino mucha gente, que los siguió solamente hasta el día. Cinco de caballo, que iban delante á descubrir, dieron con ciertos escuadrones de indios que los aguardaban para robar, y que en viéndolos cuidaron venir allí todos los españoles, y huyeron. Mas reconociendo el poco número, pararon y juntáronse con los que atrás venían, y peleando los siguieron tres leguas, hasta que tomaron los nuestros una cuesta en que estaba otro templo con una buena torre y aposento, do se pudieron albergar aquella noche, mas no cenar. Al alba les dieron los indios un mal rebato; empero fué más

el temor que el daño. Partieron de allí, y fueron á un pueblo grande por fragoso camino, por el cual hicieron poco mal los caballos en los enemigos, y ellos no mucho en los nuestros. Los del lugar huyeron á otro, de miedo; y así, pudieron estar allí aquella noche y otra noche siguiente, descansar y curar los hombres y bestias; mataron la hambre, y llevaron provisión, aunque no mucha, ca no había quién. Partidos dende, los persiguieron infinidad de contrarios, que los acometían recio y fatigaban. Y como el indio de Tlaxcallán que guiaba no sabía bien el camino, iban fuera de él. Al cabo llegaron á una aldea de pocas casas, donde aquella noche durmieron. Á la mañana prosiguieron su camino, y tras ellos siempre los enemigos, que los fatigaron todo el día. Hirieron á Cortés con honda tan mal, que se le pasmó la cabeza, ó porque no le curaron bien sacándole cascos, ó por el demasiado trabajo que pasó. Entróse á curar en un lugar yermo, y luego, porque no le cercasen, sacó de él su gente; y caminando, cargó tanta muchedumbre sobre él, y peleó tan recio, que hirieron cinco españoles y cuatro caballos, uno de los cuales murió, y le comieron sin dejar, como dicen, pelo ni hueso. Tuvieronla por buena cena, aunque no tuvieron harto para entre tantos. No había español que de hambre no pereciese. Dejo aparte el trabajo y heridas; cosas que cada una bastaba para los acabar; empero la nación nuestra española sufre más hambre que otra ninguna, y estos de Cortés más que todos, que tiempo aún no tenían para coger yerbas de que comer basto. Luego otro día con la mañana se partieron de aquellas casas; y porque tenía temor de la mucha gente que parecía, mandó Cortés que los de caballo tomasen á las ancas los más dolientes y heridos, y los no tanto, que de las colas y estribos se asiesen, ó hiciesen muletas y otros remedios para ayudarse y poder andar si no querían quedarse á dar buena cena á los enemigos. Valió mucho este aviso para lo que les avino, y aun tal español hubo que llevó á otro á cuestas, y lo salvó así. Á una

legua andada, en un llano salieron tantos indios á ellos, que cubrían el campo y que los cercaron á la redonda. Acosaron reciamente, y pelearon de tal suerte, que creyeron los nuestros ser aquel día el último de su vida; ca muchos indios hubo que osaron tomarse con los españoles brazo á brazo y pie con pie; y aunque gentilmente se los llevaban arrastrando, ora fuese por sobra de ánimo suyo, ora por falta en los nuestros, con los muchos trabajos, hambre y heridas, lástima era muy grande ver de aquella manera llevar á los españoles y oír las cosas que iban diciendo. Cortés, que andaba á una y otra parte confortando los suyos, y que muy bien veía lo que pasaba, encomendóse á Dios, llamó á san Pedro, su abogado, arremetió con su caballo por medio los enemigos, rompiólos, llegó al que traía el estandarte real de Méjico, que era capitán general, y dióle dos lanzadas, de que cayó y murió. En cayendo el hombre y pendón, abatieron las banderas en tierra, y no quedó indio con indio, sino que luego se derramaron cada uno por do mejor pudo, y huyeron, que tal costumbre en guerra tienen, muerto su general y abatido el pendón. Cobraron los nuestros coraje, siguiéronlos á caballo, y mataron infinitos de ellos; tantos dicen, que no los oso contar. Los indios eran doscientos mil, según afirman, y el campo de esta batalla fué se dice de Otumpan. No ha habido más notable hazaña ni victoria en Indias después que se descubrieron; y cuantos españoles vieron pelear este día á Fernando Cortés afirman que nunca hombre peleó como él, ni los suyos así acaudilló, y que él solo por su persona los libró á todos.

El acogimiento que hallaron los españoles en Tlaxcallán

Habida la victoria, y cansados de matar indios, se fueron Cortés y sus españoles á dormir á una casa puesta en

llano, de la cual se parecían ciertas sierras de Tlaxcallán, que no poco los alegraron, aunque por parte les puso en cuidado si les serían amigos en tal tiempo hombres tan guerreros como los de allí; porque el desdichado, el vencido que huye, ninguna cosa halla en su favor; todo le sale mal ó al revés lo que piensa y há menester. Cortés aquella noche fué atalaya de los suyos; y no tanto por estar más sano ó descansado que los compañeros, sino porque siempre quería que fuese igual el trabajo á todos, como era común el daño y pérdida. Siendo de día caminaron por tierra llana derecho á las sierras y provincia de Tlaxcallán. Pasaron por una fuente muy buena, do se refrescaron, que según los indios amigos dijeron, partía términos entre mejicanos y tlaxcaltecas. Fueron á Huacilipán, lugar de Tlaxcallán y de cuatro mil vecinos, donde muy bien recibidos fueron, y proveídos tres días que en él estuvieron descansando y curándose. Algunos del pueblo no quisieron darles nada sin que se lo pagasen; empero los más muy bien lo hicieron con ellos. Aquí vinieron Maxixca, Xicotencatl, Acxotecatl, y otros muchos señores de Tlaxcallán y Huexocinco, con cincuenta mil hombres de guerra, los cuales iban á Méjico á socorrer los españoles, sabiendo las revueltas, y no la salida, daño y pérdida que llevaban. Otros dicen que sabiendo cómo venían destrozados y huyendo, los salieron á consolar y á convidar á su pueblo, de parte de la república. En fin, ellos mostraron pena de verlo así, y placer por hallarlos allí. Lloraban y decían: «Bien lo dijimos y avisamos, que mejicanos eran malos y traidores, y no lo creísteis; pésanos de vuestro mal y desastre. Si queréis, vamos allá, y vengüemos esta injuria y las pasadas, y las muertes de vuestros cristianos y de nuestros ciudadanos; y si no, id vos con nosotros, que en nuestras casas os curaremos.» Cortés se alegró grandemente de hallar aquel amparo y amistad en tan buenos hombres de guerra: lo que venía dudando. Agradecióles, como era razón, su venida y voluntad; dióles de las joyas que queda-

ron, algunas; dijoles que tiempo habría para emplearlos contra los de Méjico, y que al presente era necesario curar los enfermos. Aquellos señores le rogaron que, pues no quería tornar á Méjico, les dejase salir á combatirse con los de Culúa, que aún andaban muchos por allí, dicen que más por robar que por otra cosa. Él les dió algunos españoles que sanos ó poco heridos estaban; con que fueron, pelearon, y mataron muchos de ellos, y de ahí adelante no parecieron más los enemigos. Luego se partieron muy alegres y victoriosos á su ciudad, y tras ellos los nuestros. Sacáronles al camino de comer, á lo que dicen, veinte mil hombres y mujeres, pienso que los más salieron por verlos; tanto era el amor y afición que les tenían; ó por saber de los suyos que habían ido á Méjico, mas pocos tornaban. En Tlaxcallán fueron bien recibidos y tratados; ca Maxixca dió su casa y cama á Cortés, y á los demás españoles hospedaron los caballeros y principales personas de la ciudad, y les hicieron mil regalos; de los cuales tanto más gozaron, cuánto más destrozados venían; y creo que no habían dormido en camas quince días atrás. Mucho se debe á los de Tlaxcallán por su lealtad y ayuda, especialmente á Maxixca, que arrojó por las gradas abajo del templo mayor á Xicotencatl, porque aconsejó al pueblo que matasen los españoles para reconciliarse con mejicanos; é hizo dos oraciones, una á los hombres y otra á las mujeres, diciendo que no habían comido sal ni vestido algodón en muchos años, sino después que ellos eran sus amigos. También se preciaban mucho ellos mismos de aquesto, y de la resistencia y batalla que dieron á Cortés en Teoacacincó; y así, cuando hacen fiestas ó reciben algún virrey, salen al campo sesenta ó setenta mil de ellos á escaramuzar, y pelean como pelearon con él.

El requerimiento que los soldados hicieron á Cortés

Había Cortés dejado allí en Tlaxcallán, al tiempo que se partió á Méjico á verse con Motezuma, veinte mil pesos de oro, y aun más que, después de sacado y enviado el quinto al Rey con Montejo y Portocarrero, se quedaron sin repartir, con las cortesías que hubo entre él y los compañeros. Dejó también las mantas y cosas de pluma, por no llevar aquel embarazo y carga adonde no era menester, y dejólo allí por ver cuán amigos y buenos hombres eran aquellos; y á efecto que, si en Méjico no le faltasen dineros, de enviarlos á la Veracruz á repartir entre los españoles que allí quedaban por guarda y pobladores, pues era razón darles parte de lo que hubiesen. Cuando después tornó con la victoria de Narváez, escribió al capitán que enviase por aquella ropa y oro, y lo repartiase entre sus vecinos, á cada uno como merecía. El capitán envió por ello cincuenta españoles con cinco caballos, los cuales á la vuelta fueron presos con todo el oro y ropa, y muertos á manos de gente de Culúa, que con la venida y palabras del Pánfilo anduvieron levantados y robando muchos días. Mucho sintió Cortés, cuando lo supo, tanta pérdida de españoles y de oro. Y temiendo no les hubiese entrevenido algún semejante mal ó guerra á los españoles de Veracruz, envió luego allá un mensajero, el cual, como volvió, dijo que todos estaban sanos y buenos, y los comarcanos seguros y pacíficos; de que muy gran contentamiento tuvo Cortés, y aun los demás, que deseaban ir allá, y él no les dejaba; por lo cual todos bramaban y murmuraban de él diciendo: «¿Qué piensa Cortés? ¿Qué quiere hacer de nosotros? ¿Por qué nos quiere tener aquí, donde muramos mala muerte? ¿Qué le merecemos para que no nos deje ir? Estamos descalabrados, tenemos los cuerpos

lentos de heridas, podridos, con llagas, sin sangre, sin fuerza, sin vestidos; vémonos en tierra ajena, pobres, flacos, enfermos, cercados de enemigos, y sin esperanza ninguna de subir donde caímos. Harto locos sandios seríamos si nos dejásemos meter en otro semejante peligro como el pasado. No queremos morir locamente como él, que con la insaciable sed que de gloria y mando tiene, no estima su muerte, cuanto más la nuestra, y no mira que le faltan hombres; artillería, armas y caballos, que hacen la guerra en esta tierra, y que le faltará la comida, que es lo principal. Yerra, y de verdad mucho lo yerra, en confiarse de estos de Tlaxcallán, gente, como todos los indios son, liviana, mudable, de novedades amiga, y que querrá más á los de Culúa que á los de España; y que si bien ahora disimulan y temporizan con él, en viendo ejército de mejicanos sobre sí, nos entregarán vivos á que nos coman y sacrifiquen; ca cierto es que nunca pega bien ni dura amistad entre personas de diferente religión, traje y lenguaje.» Tras estas quejas, hicieron un requerimiento á Cortés en forma, de parte del Rey y en nombre de todos, que sin poner excusa ni dilación saliese luego de allí, y se fuese á la Veracruz antes que los enemigos atajasen los caminos, tomasen los puertos, alzasen las vituallas, y se quedasen ellos allí aislados y vendidos; pues que muy mejor aparejo podía tener allá para rehacerse si quería tornar sobre Méjico, ó para embarcarse si necesario fuese. Algo turbado y confuso se halló Cortés con este requerimiento, y con la determinación que tenían, conoció que todo era por sacarlo de allí, y después hacer de él lo que quisiesen; y como iba muy fuera de su propósito, respondióles así:

Oración de Cortés en respuesta del requerimiento

«Yo, señores, haría lo que me rogáis y mandáis, si os cumpliese; ca no hay ninguno de vosotros, cuanto más todos juntos, por quien no ponga mi hacienda y vida si lo há menester, pues á ello me obligan cosas que, si no soy ingrato, jamás las olvidaré. Y no penséis que no haciendo esto que ahincadamente pedís, disminuyo ó desprecio vuestra autoridad, pues muy cierto es que con hacer al contrario la engrandezco y le doy mayor reputación; porque yéndonos se acabaría, y quedando, no sólo se conserva, mas se acrecienta. ¿Qué nación de las que mandaron el mundo no fué vencida alguna vez? ¿Qué capitán, de los famosos digo, se volvió á su casa porque perdiese una batalla ó le echasen de algún lugar? Ninguno ciertamente; ca si no perseverara, no saliera vencedor ni triunfara. El que se retira, huyendo parece que va, y todos le chiflan y persiguen; al que hace rostro, muestra ánimo y está quedo, todos le favorecen ó temen. Si nós salimos de aquí pensarán estos nuestros amigos que de cobardes lo hacemos, y no querrán más nuestra amistad; y nuestros enemigos, que de medrosos; y así, no nos temerán, que sería harto menoscabo de nuestra estimación. ¿Hay alguno de nosotros que no tuviese por afrenta si le dijese que huyó? Pues cuantos más somos tanta mayor vergüenza sería. Maravíllome de la grandeza de vuestro invencible corazón en batallar, que soléis ser codiciosos de guerra cuando no la tenéis, y bulliciosos teniéndola; y ahora que se vos ofrece tal y tan justa y tan loable, la rehusáis y teméis; cosa muy ajena de españoles y muy fuera de vuestra condición. ¿Por ventura la dejáis porque á ella os llama y convida quien mucho blasona del arnés y nunca se le viste? Nunca hasta aquí se vió en estas Indias y Nuevo-Mundo,

que españoles atrás un pie tornasen por miedo, ni aun por hambre ni heridas que tuviesen, y ¿queréis que digan: «Cortés y los suyos se tornaron estando seguros, hartos y sin peligro?» Nunca Dios tal permita. Las guerras mucho consisten en la fama; pues ¿qué mayor que estar aquí en Tlaxcallán, á despecho de vuestros enemigos, y publicando guerra contra ellos, y que no osen venir á enojaros? Por donde podéis conocer cómo estáis aquí más seguros y fuertes que fuera de aquí. Por manera que en Tlaxcallán tenéis seguridad, fortaleza y honra; y sin esto, todo buen aparejo de medicinas necesarias y convenientes á vuestra cura y salud, y otros muchos regalos con que cada día ís de mejoría, que callo, y que donde nacistes no los tendríades tales. Yo llamaré á los de Coazacoalco y Almería, y así seremos muchos españoles; y aunque no viniesen, somos hartos; que menos éramos cuando por esta tierra entramos, y ningún amigo teníamos; y como bien sabéis, no pelea el número, sino el ánimo; no vencen los muchos, sino los valientes. Y yo he visto que uno de esta compañía ha desbaratado un ejército, como hizo Jonatás, y muchos, que cada uno por sí ha vencido mil y diez mil indios, según David contra los filisteos. Caballos presto me vendrán de las islas; armas y artillería luego traeremos de la Veracruz, que hay harta y está cerca. De las vituallas perded temor y cuidado, que yo proveeré abundantísimamente; cuanto más que siempre siguen ellas al vencedor y que señorea el campo, como haremos nosotros con los caballos. Por los de esta ciudad, yo soy fiador que os sean leales, buenos y perpetuos amigos, que así me lo prometen y juran. Y si otra cosa quisiesen, ¿cuándo mejor tiempo tendrán que han tenido estos días, que yacíamos dolientes en sus camas y propias casas, solos, mancos y, como decís, podridos; los cuales no solamente os ayudarán como amigos, empero también os servirán como criados; que más quieren ser vuestros esclavos que súbditos de mejicanos: tanto odio les tienen, y á vosotros tanto amor. Y

porque veáis ser esto y todo lo que dicho tengo, así quiero probarlos y probaros contra los de Tepeacac, que mataron los otros días doce españoles; y si mal nos sucediere la ida, haré lo que pedís; y si bien, haréis lo que os ruego.»

Con esta plática y respuesta perdieron el antojo que de irse de Tlaxcallán á la Veracruz tenían, y dijeron que harían cuanto mandase. La causa de ello debió ser aquella esperanza que les puso para después de la guerra de Tepeacac; ó mejor diciendo, porque nunca el español dice á la guerra de no, que lo tiene por deshonra y caso de menos valer.

La guerra de Tepeacac

Quedó Cortés muy descansado con esto, y libre de aquel cuidado que tanto le fatigaba; y verdaderamente, si él hiciera lo que los compañeros querían, nunca recobrará á Méjico, y ellos fueran muertos por el camino, ca tenían malos pasos de pasar, y ya que pasaran, tampoco repararan en la Veracruz, sino fuéranse, como tenían la intención, á las islas; y así Méjico se perdiera de veras, y Cortés quedara destruído y con poca reputación. Mas él, que muy bien lo entendió, tuvo el esfuerzo y cordura que contado habemos. Cortés curó de sus heridas y los compañeros también de las suyas. Algunos españoles murieron por no haber curado á los principios las llagas, dejándolas sucias ó sin atar, y de flaqueza y trabajo, según cirujanos decían. Otros quedaron cojos, otros mancos, que no chica lástima y pérdida era. Los más, en fin, guarecieron y sanaron muy bien; y así, pasados veinte días que allí llegaron, ordenó Cortés de hacer guerra á los de Tepeaca ó Tepeacac, pueblo grande y no lejos, porque habían muerto doce españoles que venían de la Veracruz á Méjico, y porque siendo de la liga de Culúa, les ayudaban mejicanos, y

hacían daño en tierra de Tlaxcallán, como decía Xicotencatl. Rogó á Maxixca y á otros señores de aquellos, que se fuesen con él. Ellos lo comunicaron con la república, y á consejo y voluntad de todos, le dieron más de cuarenta mil hombres de pelea, y muchos tamemes para cargar, y con bastimentos y otras provisiones. Fué pues con aquel ejército y con los caballos y españoles que pudieron caminar. Requirióles que, en satisfacción de los doce españoles, fuesen sus amigos, obedeciesen al Emperador, y no acogiesen más en sus casas y tierra mejicano ninguno ni hombre de Culúa. Ellos respondieron que si mataron españoles fué con justa razón, pues en tiempo de guerra quisieron pasar por su tierra por fuerza y sin demandar licencia, y que los de Culúa y Méjico eran sus amigos y señores, y no dejarían de tenerlos en sus casas siempre que á ellas venir quisiesen, y que no querían su amistad ni obedecer á quien no conocían; por tanto, que se tornase luego á Tlaxcallán si no deseaba la muerte. Cortés les convidó con la paz otras muchas veces, y como no la quisieron, dióles guerra muy de veras. Los de Tepeacac, con los de Culúa, que tenían en su favor, estaban muy bravos. Tomaron los pasos fuertes y defendieron la entrada, y como eran muchos, y entre ellos había de valientes hombres, pelearon muy bien y muchas veces. Mas al cabo fueron vencidos y muertos sin matar español, aunque mataron muchos tlaxcaltecas. Los señores y república de Tepeacac, viendo que sus fuerzas ni las de mejicanos no bastaban á resistir los españoles, se dieron á Cortés por vasallos del Emperador, á partido que echarían de toda su tierra á los de Culúa, y le dejarían castigar como quisiese á los que mataron los españoles; por lo cual Cortés, y porque estuvieron muy rebeldes, hizo esclavos á los pueblos que se hallaron en la muerte de aquellos doce españoles, y de ellos sacó el quinto para el Rey. Otros dicen que sin partido los tomó á todos, y castigó así aquellos en venganza, y por no haber obedecido sus requerimientos,

por putos, por idólatras, porque comen carne humana, por rebeldía que tuvieron, porque temiesen otros, y porque eran muchos, y porque, si así no los tratara, luego se rebelaran. Como quiera que ello fué, él los tomó por esclavos, y á poco más de veinte días que la guerra duró, domó y pacificó aquella provincia, que es muy grande. Echó de ella á los de Culúa, derribó los ídolos, obedecieronle los señores, y por mayor seguridad fundó una villa, que llamó Segura de la Frontera, y nombró cabildo que la guardase, para que, pues el camino de la Veracruz á Méjico es por allí, fuesen y viniesen seguros los españoles é indios. Ayudaron en esta guerra como amigos verdaderos los de Tlaxcallán, Huexocinco y Chololla, y dijeron que así harían contra Méjico, y aun mejor. Con esta victoria cobraron ánimo los españoles y muy gran fama por toda aquella comarca, que los tenía por muertos.

Cómo se dieron á Cortés los de Huacacholla, matando á los de Culúa

Estando Cortés en Segura, le vinieron unos mensajeros del señor de Huacacholla secretamente á decirle que se le daría con todos sus vasallos si los libraba de la servidumbre de los de Culúa, que no sólo les comían sus haciendas, mas les tomaban sus mujeres, y les hacían otras fuerzas y demasías; y que en la ciudad estaban aposentados los capitanes con muchos otros soldados, y por las aldeas y comarca. Y en Mexinca, que cerca era, había otros treintamil para defenderle la entrada á tierra de Méjico, y si mandaba que fuese ó enviase españoles, y podría con su ayuda tomar á manos aquellos capitanes. Muy mucho se alegró Cortés con tal mensajería; y cierto, era cosa de alegrar, porque comenzaban á ganar tierra y reputación más de lo que pensaban poco antes los suyos. Loó al Señor,